

El sentido de Dios y el hombre moderno



Luigi Giussani

ediciones
EE
encuentro

E D U C A C I Ó N

Ensayos
255
Religión

LUIGI GIUSSANI

El sentido de Dios
y el hombre moderno

Encuentro E
Ediciones E

Título original
Il senso di Dio e l'uomo moderno

© Fraternità di Comunione e Liberazione

© 2005
Ediciones Encuentro, Madrid

Traductor
José Miguel Oriol
con la colaboración de
José Miguel García y Gabriel Richi

Diseño de la colección: E. Rebull

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Cedaceros, 3-2º - 28014 Madrid - Tel. 91 532 26 07
www.ediciones-encuentro.es

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| Prólogo del cardenal Joseph Ratzinger | 9 |
| Nota introductoria | 11 |

El sentido religioso

| | |
|--|----|
| Primera Parte. El fondo de la cuestión | 15 |
| Segunda Parte. Conocimiento y misterio | 23 |
| Capítulo primero. Sentido religioso y realidad | 25 |
| Capítulo segundo. El signo | 31 |
| Capítulo tercero. El Dios escondido | 37 |
| Capítulo cuarto. El ídolo | 43 |
| Tercera Parte. Revelación | 51 |
| Capítulo primero. Abraham | 53 |
| Capítulo segundo. Jesús | 61 |
| Cuarta Parte. Presencia e historia | 71 |
| Capítulo primero. Iglesia: presencia de Cristo | 73 |
| Capítulo segundo. Iglesia: obra de redención | 79 |

La conciencia religiosa del hombre moderno

| | |
|---|-----|
| Una premisa | 89 |
| Parte primera. «¿Es la humanidad quien ha abandonado a la Iglesia?» | 91 |
| Capítulo primero. Un olvido en el camino religioso del hombre | 93 |
| <i>El puente entre el hombre y el destino</i> | 93 |
| <i>Un hecho anómalo</i> | 95 |
| <i>Algo ha sucedido</i> | 96 |
| Capítulo segundo. ¿Cómo ha podido suceder? | 99 |
| <i>El hombre como divo</i> | 100 |
| <i>¿De dónde proceden las energías del hombre?</i> | 103 |
| <i>El hombre como Prometeo</i> | 106 |
| Capítulo tercero. Dios, si existe, no importa | 107 |
| <i>El laicismo</i> | 108 |
| <i>Consecuencias del laicismo</i> | 109 |
| Capítulo cuarto. La característica más significativa de la triple herencia | 113 |
| <i>El optimismo frustrado</i> | 113 |
| <i>Un episodio y una profecía</i> | 115 |
| Capítulo quinto. El extravío cultural del hombre moderno | 117 |
| 1. <i>Angustia frente a la enigmaticidad del significado</i> | 117 |
| 2. <i>Desesperación ética</i> | 120 |
| 3. <i>Consecuencias antropológicas</i> | 121 |
| Capítulo sexto. La opción | 127 |

Índice

| | |
|--|-----|
| Parte segunda. «...¿O es la Iglesia quien ha abandonado a la humanidad?» | 133 |
| Capítulo primero. La protestantización del cristianismo | 135 |
| 1. <i>El subjetivismo</i> | 137 |
| 2. <i>El moralismo</i> | 137 |
| 3. <i>Debilitamiento de la unidad orgánica del hecho cristiano</i> | 139 |
| Capítulo segundo. El cristianismo como hecho objetivo | 143 |
| <i>El anuncio en la historia</i> | 143 |
| <i>Objetividad del camino hacia el destino</i> | 145 |
| <i>La moralidad como gracia</i> | 146 |
| Capítulo tercero. Dos características fundamentales del hecho cristiano | 149 |
| 1. <i>Hecho totalizante</i> | 149 |
| 2. <i>La fe se hace cultura</i> | 151 |
| Capítulo cuarto. El hecho cristiano como presencia . | 153 |
| <i>Post-scriptum</i> | 157 |

PRÓLOGO

Después de la caída del «socialismo real» se advierte por todas partes en la *intelligentsia* occidental una especie de extravío. De algún modo, la ideología marxista había llegado a convertirse en un punto de referencia con el que poder, quien más quien menos, orientarse; representaba una *Weltanschauung* en sintonía con la ciencia y al mismo tiempo «revelaba» verdades que la ciencia no es capaz de suministrar y que, por otra parte, son indispensables para el hombre. De esta forma el marxismo aparecía en la práctica como la única alternativa disponible al nihilismo. Pero después de la caída del muro el propio marxismo se ha revelado en verdad como otra forma de nihilismo. Así que el nihilismo parece hoy casi inevitable, penetra cada vez más, en la práctica a nivel máximo, incluso en capas sociales que de por sí no se plantean preguntas filosóficas. Lo demuestra la difusión de la droga, pero también y sobre todo una cultura nihilista del placer cada vez más extendida y con rasgos cada vez más manifiestos de constituir una antirreligión.

En esta situación, es inquietante que la voz de la Iglesia parezca incapaz de alcanzar los oídos y los corazones de los hombres. De alguna manera se tiene el convencimiento de que todo lo que la Iglesia puede decir ya se sabe y está

superado. Parece como si casi nadie esperara de ella una respuesta que abra una perspectiva; se busca y se camina a ciegas en todas las direcciones posibles, pero sólo raramente en dirección a las palabras de la fe cristiana, aparentemente demasiado conocida.

Este pequeño libro de don Giussani puede ser una voz que llame la atención también de los que comparten ese extendido escepticismo acerca de la tradición cristiana. Giussani nos muestra cómo las sencillas experiencias fundamentales de cada hombre contienen la búsqueda de Dios, que sigue permaneciendo presente incluso en el ateísmo. En su diálogo con la literatura moderna don Giussani deja claro cuál es el drama del mundo moderno. Muestra cómo en el Renacimiento apareció un modo nuevo de relacionarse el hombre consigo mismo, con el mundo y con Dios, un modo de relación que nos lleva consecuentemente a la problemática del presente.

En la voz de los poetas se hace evidente el aspecto trágico y al mismo tiempo cargado de esperanza de nuestro tiempo. En este libro Cristo nos sale al encuentro por un lado completamente diferente, desde una esquina por la que no nos lo esperábamos. Se nos manifiesta no desde el “ayer”, sino que viene a encontrarnos en nuestro hoy, viniendo, por decirlo de alguna forma, desde el mañana. Nos sale al encuentro en medio de nuestros intereses cotidianos. Con este librito he comprendido una vez más y de forma nueva por qué monseñor Giussani ha llegado a convertirse en maestro de una generación entera y padre de un vivo movimiento. El libro debería ser leído no sólo por los que ya le conocen y le estiman, sino especialmente por los que acogen con escepticismo el anuncio de la fe cristiana.

Joseph cardenal Ratzinger

NOTA INTRODUCTORIA

Este libro recoge dos textos. El primero (*El sentido religioso*) propone apuntes tomados por mis primeros alumnos del instituto Berchet de Milán (entre 1954 y 1960) durante el intento de volver a dar razón y vida a la «clase de religión». De forma sintética, en este texto se identifica en el sentido religioso la esencia misma de la racionalidad y la raíz de la conciencia humana. El cristianismo tiene que ver con el sentido religioso precisamente porque se propone como una respuesta imprevisible al deseo del hombre de vivir descubriendo y amando su propio destino y, por consiguiente, como respuesta razonable.

El segundo texto (*La conciencia religiosa en el hombre moderno*), concebido veinte años después, trata primeramente de identificar, en la presente situación cultural y social, los aspectos que frenan el desarrollo de una conciencia religiosa auténtica, y, en segundo lugar, el comportamiento del cristianismo ante esa situación.

Vivimos un tiempo en el que lo que se llama cristianismo parece ser un objeto conocido y olvidado. Conocido, porque son muchas sus trazas en la historia y en la educa-

ción de los pueblos. Y sin embargo olvidado, porque el contenido de su mensaje parece que difícilmente tenga algo que ver con la vida de la mayor parte de los hombres. A menudo se reduce a una filosofía más entre las muchas filosofías o a una religión más entre las otras religiones. Se da por descontado que se conoce la naturaleza del cristianismo sólo porque se conoce una serie de ideas, de ritos o de hábitos que tienen en él su raíz.

Frente a esta constatación, resulta todavía más ilusorio pensar que se puede redescubrir el cristianismo a través de un examen —aunque sea serio— de su historia, o a través de la lectura directa de los Evangelios, como si fuesen libros de los que sacar «lemas» y noticias. No. Lo que significa el hecho de la Encarnación se comunica, hoy como hace dos mil años, a través de un encuentro humano que nos hace contemporáneos suyos, tal como les sucedió a Juan y Andrés, los primeros dos que conocieron a Jesús y se quedaron con Él. Y después de ellos, y por medio de ellos, un flujo continuo de hombres y mujeres que llega hasta nosotros.

Estamos en un tiempo en el que se habla mucho de renacimiento religioso. Pero se valora y se discute sobre ese renacimiento de una forma que no parece que favorezca una real comprensión de lo que es «el sentido religioso», ese factor humano constituido por los interrogantes y exigencias últimas que ponen a la persona en relación con su destino. Es decir, parece que prevalece una reducción de tipo «sentimental» y, en definitiva, irracional de la religiosidad. Como si con esta palabra se indicase una «visión» particular de la realidad, cuando no una huida.

Luigi Giussani

EL SENTIDO RELIGIOSO

Primera Parte

EL FONDO DE LA CUESTIÓN

¿En qué nivel de nuestra dinámica interior, en qué nivel de nuestro sentimiento y pensamiento se sitúa el sentido religioso?

¿Por qué merece la pena que yo viva? ¿Cuál es el significado de la realidad? ¿Qué sentido tiene la existencia? Estas preguntas están enraizadas en el origen de nuestra actividad humana.

La figura del pastor errante que habla a la luna, de Leopardi, es un símbolo de este nivel profundo de nuestra vitalidad:

«A veces al mirarte
tan silenciosa en el desierto llano,
que en su confín se une con el cielo;
o bien con mi rebaño
seguirme en mi camino;
cuando miro fulgar en el cielo las estrellas,
pensativo me digo:
¿Para qué tantas luces?
¿Qué hace el aire sin fin, esa profunda serenidad?
¿Qué significa esta inmensa soledad?

Y yo, ¿qué soy yo?
Conmigo así razono...».

El sentido religioso está exactamente en el nivel de estas preguntas. De un modo más preciso, el sentido religioso surge cuando en estas preguntas aparece un adjetivo (o adverbio) muy importante: ¿cuál es el sentido *exhaustivo* de la existencia?, ¿cuál es el significado *último* de la realidad?, ¿*en el fondo* por qué merece la pena vivir?

El contenido del sentido religioso coincide con estas preguntas y con *cualquier respuesta* a las mismas. Es necesario señalar que estas preguntas son expresión de todos, incluso de aquellos que niegan su valor teórico y filosófico.

El gran novelista Thomas Mann recuerda cordialmente su carácter ineludible cuando habla «del hombre, de este ser enigmático que encierra en sí nuestra existencia, bella por naturaleza, pero miserable y dolorosa más allá de la naturaleza. Es muy comprensible que su misterio constituya el alfa y la omega de nuestros discursos e interrogantes y dé ardor y tensión a cada una de nuestras palabras, urgencia a cada uno de nuestros problemas»¹.

Se trata, pues, de interrogantes en un nivel inevitable, implícito en cualquier posición humana. Por el mismo hecho de vivir cinco minutos una persona afirma la existencia de un algo por lo cual, en último término, merece la pena vivir esos cinco minutos; por el mismo hecho de que uno continúa viviendo, uno afirma la existencia de un *quid* que, en última instancia, es el sentido de su vida. El sentido religioso implica inevitablemente al hombre: de la misma

¹ T. Mann, *José y sus hermanos*, Ed. Labor, Madrid 1977, p. 1.

manera que al abrir uno los ojos ve los colores y las formas, así también por el mero hecho de vivir se da el sentido religioso. La misma naturaleza de nuestra razón, de nuestro pensamiento, de nuestra conciencia, aparece como sentido religioso.

Por consiguiente, la actitud religiosa se da tanto en el marxista convencido como en el católico; no existe ateo que pueda quitarse de encima esta implicación. Sea cual sea el principio o valor que se afirme como respuesta a estos interrogantes, es expresión de una religiosidad y afirmación de un *dios*: de hecho el hombre otorga a este principio, cualquiera que sea, una devoción incondicional. No hay ninguna necesidad de que se teorice ni tampoco de que se exprese en un sistema: se puede encontrar en la vida más normal. Puede ser la novia, los amigos, el trabajo, la carrera, el dinero, el poder, la política, la ciencia; pero, sea cual sea el motivo último que la conciencia humana afirme por el hecho de vivir, se está expresando una religiosidad y afirmando un *dios*. Quizá el *dios* de un instante, de una hora, de una etapa.

Por esta razón, el sentido religioso conlleva inevitablemente el sentido del pecado. También existe el pecado para el ateo, teórico o práctico. Para un marxista convencido, para quien el partido lo es todo, es *pecado* toda desviación o traición, toda actitud que no esté al servicio de sus programas; para uno que considere la salud por encima de todo, será *pecado* lo que de alguna manera no ponga a salvo ese *quid*, al que como ídolo se entrega por completo.

En la historia de la religiosidad se denomina *pecado*, en el sentido más explícito, a la incoherencia de una persona que afirma en teoría un determinado *quid* como sentido último de la realidad, y luego en su vida práctica; de hecho,

sin que se lo diga a sí mismo, desarrolla su acción según otra referencia última; desarrolla su acción de tal modo que, si se examina con atención, implica un *quid* último diferente del afirmado en teoría. En términos tradicionales, nos referimos a la incoherencia entre la *fe* y las *obras*.

Por su propia naturaleza el sentido religioso es un factor ineliminable, es —como se suele decir— *dimensión* de cada gesto, de cada minuto de existencia. Si algo escapa a lo que nosotros identificamos con *dios* —de cualquier manera que se entienda: como el Partido guía, o el Progreso de la Ciencia, o el Dios cristiano—, ya no sería *dios*, puesto que habría algo más profundo que lo afirmado por nosotros, intrínseco a nuestro modo de obrar. Por consiguiente, el sentido religioso coincide con aquel sentido de *dependencia original y total* que es la evidencia mayor y más sugestiva para el hombre de todos los tiempos, sea cual sea el modo como se exprese, en la fantasía primitiva o en la conciencia más evolucionada y sosegada del hombre civilizado. Ese *dios* que determina todo es el factor que nunca se puede eludir. Es como si dentro de nosotros existiera una exigencia que nos mueve a una total entrega a algo de lo que todo depende. Justamente en la tradición religiosa a este algo se denomina de forma explícita *Dios*.

Y ya que en la tradición religiosa, en el sentido estricto de la palabra, la humanidad ha tomado conciencia de la sumisión y entrega a un ser *último* del que todo depende, con el término «sentido religioso» nos referiremos a cualquier forma de esta conciencia; mientras que consideraremos la religiosidad implícita en las teorías humanas y en las prácticas de vida, como antes hemos descrito, como una prueba de aquella exigencia natural, o la tomaremos como corrupción de ella.

Esta enérgica inclinación pertenece, como antes hemos visto, a nuestra misma estructura; constituye, como suele decirse, una *capacidad* de nuestro ser.

Se trata de una energía que orienta el fondo de nuestras acciones en una dirección determinada. Los antiguos filósofos escolásticos llamaban a esta cualidad o disposición viva de nuestra persona *vis appetitiva*: fuerza de aspiración.

El sentido religioso es, por consiguiente, rasgo característico de nuestra naturaleza, que predispone al alma a tender hacia Dios y, en cierto modo, casi la inclina a que intente aferrarle.

Entre todas las capacidades de nuestra naturaleza, el sentido religioso es, sin duda, la fundamental, ya que todas las demás se refieren a bienes parciales, mientras que éste se refiere al bien final y definitivo. Por lo tanto, la capacidad natural que constituye el sentido religioso en cierto modo reúne en sí todos los fines de las demás capacidades de nuestra persona.

Por esta razón, en la pastoral de Cuaresma de 1957, el entonces Excmo. Mons. Montini definía el sentido religioso como «síntesis del espíritu».

Evidentemente la capacidad del sentido religioso no la generamos nosotros mismos, sino que la encontramos en nuestra propia naturaleza. Esta aspiración innata es como incitada, despertada en nosotros por un poder que nos es superior; como provocada independientemente de nuestra voluntad, antes de que pueda intervenir nuestro parecer. Estamos como ante una voz que nos llama. Podemos responderle o no; pero no podemos impedir que llame. El sentido religioso es una *vocación*; es la vocación de la vida.

El sentido religioso es, pues, parte integrante del don del ser; es un elemento de la misma estructura de nuestra naturaleza. El sentido religioso es la iniciativa de Dios que nos crea. No podemos evitarla, aunque sí podamos intentar neciamente rechazarla o contradecirla.

Segunda Parte

CONOCIMIENTO Y MISTERIO

Capítulo primero

SENTIDO RELIGIOSO Y REALIDAD

Las capacidades inherentes que tenemos no sólo no existen por sí mismas, sino que tampoco actúan por sí solas; son como una máquina que, además de haber sido construida por otros, tiene necesidad de que otro la ponga en marcha, la haga funcionar. Toda capacidad humana, en una palabra, debe ser provocada, impulsada, para ponerse en acción.

Lo mismo sucede con el sentido religioso. Nace con nosotros, como parte de nuestra estructura original, pero para entrar en funcionamiento necesita un reclamo continuo.

Los hombres somos, en todos los sentidos, seres dependientes: no sólo en el origen, en nuestro ser y en la existencia de nuestras facultades, sino también en todo acto de nuestro devenir.

¿De dónde vendrá ese reclamo continuo que ponga en movimiento nuestro sentido religioso?

Hemos dicho que no se pone en movimiento espontáneamente, como si se bastase a sí mismo, semejante a un sueño que se desarrolla o a un sentimiento difuso que se dilata. Muchos que defienden esto, interpretan la religiosi-

dad como una peculiar capacidad de impresionarse de ciertos individuos, expresada a través de temores y deseos, sin que le corresponda necesariamente realidad objetiva alguna.

El reclamo tampoco proviene directamente de Dios, como pretenden los llamados «ontologistas»; como si el espíritu humano intuyera a Dios, aunque fuera confusamente, de la misma forma que el ojo ve las cosas.

El reclamo que pone en movimiento el sentido religioso del espíritu humano proviene de Dios a través de la realidad creada. Dios actualiza la vocación original continuándola por medio del mundo.

Desde este punto de vista la realidad creada es una verdadera Palabra, a través de la cual Dios se hace perceptible para la conciencia humana.

El mundo da testimonio de su creador.

Esto es lo que afirma San Pablo en un famoso pasaje de la carta a los Romanos, que conviene releer y meditar: «Lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad»¹.

Esta revelación natural emerge gradualmente.

Ante todo, la misma existencia de las cosas despierta la conciencia al primer sentido fundamental del ser, del ser que no depende de mí, mientras que yo dependo de él; presencia implacable que se me impone. El hecho de que una cosa exista supera siempre la expectativa y la capaci-

¹ Rm 1,19-20.

dad de creación del hombre. Todo esto puede escapar a nuestra conciencia habitual, pero se revela en cuanto nos detenemos a pensar ante cualquier realidad bella y sublime como los montes, el mar, el cielo (a este propósito, méditense los capítulos 38 y 39 del libro de Job).

El cosmos, en su grandiosidad maravillosa, manifiesta la majestad y la belleza. Veamos con qué fervor lo afirma el poeta anónimo del libro de la Sabiduría:

«Si, vanos por naturaleza todos los hombres que ignoraron a Dios y no fueron capaces de conocer por los bienes visibles a Aquel que es, ni, atendiendo a las obras, reconocieron al Artífice; sino que al fuego, al viento, al aire sutil, a la bóveda estrellada, al agua impetuosa, o a las lumbreras del cielo los consideraron como dioses, señores del mundo. Que si, seducidos por su belleza, los tomaron por dioses, sepan cuánto les aventaja el Señor de todos ellos, pues fue el Autor mismo de la belleza quien los creó. Y si fue su poder y eficiencia lo que les dejó sobrecogidos, deduzcan de ahí cuánto más poderoso es Aquel que los hizo; pues de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor»².

A la misma conclusión llegaba el mayor de los filósofos cristianos:

«El ser de todas las cosas procede de la belleza divina»³.

Incluso Baudelaire encontraba fuerzas para romper el círculo del positivismo que lo envolvía y afirmar:

«Es este instinto inmortal de lo bello el que nos hace considerar el mundo y todas sus bellezas como un reflejo, como una correspondencia del cielo. La sed inextinguible

² Sb 13,1-5.

³ Santo Tomás de Aquino, *De Divinis Nominibus*, cap. IV, lect. 5.

de todo lo que está en el más allá y que revela la vida, es la prueba más viva de nuestra inmortalidad. Con la poesía y a través de la poesía, con la música y a través de la música, el alma intuye la luz que resplandece más allá de la tumba; y cuando una poesía perfecta hace brotar las lágrimas en los ojos, estas lágrimas no son signo de alegría excesiva, sino más bien índice de una melancolía profunda, de una exigencia nerviosa, de una naturaleza exilada en lo imperfecto, que anhela poseer ya, en este mundo, un paraíso revelado»⁴.

Sin embargo, dentro de esta majestuosa belleza hay todavía un signo más elocuente, una palabra más cercana, y es el movimiento del cosmos, el orden que nos da el día y la noche, los ciclos de las estaciones, los ritmos de la naturaleza que nos aseguran las siembras y las recolecciones.

Esta es la presencia más percibida. Es la revelación primera de la Providencia, como significado estable y utilidad de las cosas.

Es la prueba que san Pablo muestra a los paganos de Listra, para convencerles de que se conviertan al Dios vivo «que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto en ellos hay, y que en las generaciones pasadas permitió que todas las naciones siguieran sus propios caminos; si bien no dejó de dar testimonio de sí mismo derramando bienes, enviándonos desde el cielo lluvias y estaciones fructíferas, llenando vuestros corazones de sustento y alegría»⁵. Es el eco de la promesa del Señor a Noé, después del diluvio, según se

⁴ En «Art Romantique», citado por J. Maritain, *Alla Ricerca di Dio*, Roma 1956, p. 72.

⁵ Hch 14,15-17.

lee en el Génesis: «Nunca más volveré a maldecir la tierra por causa de los hombres... Mientras dure la tierra sementera y siega, frío y calor, verano e invierno, noche y día no cesarán»⁶.

No sólo el movimiento de la naturaleza, sino el movimiento de los hombres, los pueblos y las naciones, muestran el sentido providencial que gobierna todo. También san Pablo lo recuerda en las palabras que dirigió a los atenienses en el Areópago:

«Él creó, de un solo principio, todo el linaje humano para que habitara sobre toda la faz de la tierra y determinó con exactitud el tiempo y los límites del lugar donde habían de habitar, con el fin de que buscasen a Dios, para ver si a tientas le buscaban y le hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros, pues en Él vivimos, nos movemos y existimos, como han dicho algunos de vosotros: ‘porque somos también de su linaje’⁷.

Así somos invitados a oír la voz más profunda de la realidad, allí donde la realidad se hace *yo*.

Este es el signo más íntimo y la imagen más cercana: el descubrimiento de la propia existencia. Cuando digo «yo», afirmo una relación, puesto que «yo» es igual a «soy hecho»; pues sólo existo como fuerza y voluntad de Otro.

Sin embargo, este *yo* tiene todavía un significado más vital, más inmediato: lleva consigo la conciencia del bien y del mal. La realidad de nuestro *yo* experimenta claramente algo a lo que no puede rehusar el homenaje de su volun-

⁶ Gn 8,21-22.

⁷ Hch 17,26-28.

tad; un *bien*, algo *justo*, a lo que está ligado el sentido de lo real —que es *bueno* y *justo* porque es así— que no está a merced de nada: es infinito en su valor. Se me impone, me obliga a estimarlo y a reconocerlo como bien.

«En efecto, cuando los gentiles, que no tienen ley, cumplen naturalmente las prescripciones de la ley... para sí mismos son ley; como quienes muestran tener la realidad de esa ley escrita en su corazón»⁸.

Incluso un pagano, el gran poeta griego Sófocles, en la más bella de sus tragedias, *Antígona*, ya hablaba de «leyes no escritas» impresas en el corazón del hombre.

Cuanto más se viven estos niveles de conciencia en la relación con lo real, tanto más se conoce verdaderamente algo del misterio. Por eso, el signo de los espíritus grandes y de los hombres vivos es la pasión por la búsqueda a través del compromiso de su existencia con la realidad.

En el fondo, estas consideraciones pueden reconducirse al principio filosófico según el cual «por el efecto se conoce la causa» o al principio de la *analogía* (el mundo es como una palabra —*logos*— que remite, evoca a otro, más allá de uno mismo, más arriba —*ana*—).

⁸ Rm 2,14-15.

«En la voz de los poetas se hace evidente el aspecto trágico y al mismo tiempo cargado de esperanza de nuestro tiempo. En este libro Cristo nos sale al encuentro por un lado completamente diferente, desde una esquina por la que no nos lo esperábamos. Se nos manifiesta no desde el 'ayer', sino que viene a encontrarnos en nuestro hoy, proviniendo, por decirlo de alguna forma, desde el mañana. Nos sale al encuentro en medio de nuestros intereses cotidianos. Con este librito he comprendido una vez más y de forma nueva por qué monseñor Giussani ha llegado a convertirse en maestro de una generación entera y padre de un vivo movimiento. El libro debería ser leído no sólo por los que ya le conocen y le estiman, sino especialmente por los que acogen con escepticismo el anuncio de la fe cristiana».

(del *Prólogo* de Joseph Ratzinger)

ISBN 84-7490-076-X



9 788474 900767

